

El alma de los árboles

I

Bajo el sol de la mañana
brilla el verde de las hojas,
y hay de verdes tan diversos
un derroche. Va la gama
de mil tintes, suavizándose en los árboles
va adquiriendo mil matices tan brillantes
en algunos,
que semeja al agitarse cada hoja
una gema deslumbrante, que embellece
aquel sol de la mañana;
sabio mago que reviste
los canteros y las ramas
con puñados de esmeraldas.

Y en el aire perfumado
las siluetas se agigantan,
se recortan sobre el cielo
tan azul, que de mirarlo
se deslumbran las pupilas,
y al cerrar presto los párpados
se nos queda en la retina
la visión dorada y cálida
de zafiros y esmeraldas
engarzados en el oro
de la espléndida mañana.
Hay como un anhelo férvido
de ilusión que se levanta,
hay como un pronunciamiento

de esperanzas susurradas
en el viento, entre las ramas.
Y es que, erguidos y lozanos
con la fuerza fecundante de su savia
que nos grita: ¡Primavera!
alto cantan;
y es su canto como un salmo a la mañana
salmo henchido de promesas
salmo pleno de esperanzas.
Y agitados por la brisa
que se esconde entre las ramas
toda el alma de los árboles
canta, canta!

II

En la luz rosa y celeste
de la tarde,
las siluetas se oscurecen en el parque
y el misterio de la tarde que agoniza
y tiñe todo de tristeza inexplicada
se estremece entre los árboles.

Es la hora de los místicos pensares,
es la hora-toda lila-de las almas que anonadan.
Y movidos por la brisa
ya los árboles no cantan.

Hay un eco que murmura
oraciones olvidadas con la infancia,
que se oyen cuando todos
los demás ruidos cesan...

Es el alma de los árboles
que reza!
Y es su ruego de ternuras acendradas
y es su ruego de caricias palpitantes,
de tristezas de pedidos de esperanzas
cual si en ellos se encarnaran
a la vez y por milagro,

los sentires de las madres,
el llorar de los pequeños,
el ensueño de las novias
y el dolor de los que parten!
Y agitados por la brisa,
melancólica belleza
tiene el alma de los árboles
que reza!

III

Bajo el claro opalescente
de reflejos nacarados
que la luna en los canteros
teje una tela de plata,
bajo el haz de rayos blancos
en que cree la fantasía
presenciar nocturna ronda
de geniecillos fantásticos,
se recortan casi hostiles
mas serenos e imponentes
majestuosos y callados
las siluetas de los árboles.
Internándose en sus frondas
con los rayos de la luna,
se penetra en sus pensares.
Como el alma se recoge,
y es como ellos misteriosa,
y está sóla y apartada,
ellos hablan desde lo alto
ellos dicen sus secretos y sus ansias
balanceando muellemente, quedamente
la bellezas de sus ramas.
A esa hora—toda ensueño—
hay un canto que se pierde
dulcemente en lontananza
y que nace entre los árboles.

A esa hora cada árbol
es sacerdote que oficia
en altares, ritos suaves,
y que tiende hacia los cielos
los extremos de sus copas
como en una elevación sacra y augusta
sus misterios y sus ansias!
Y es que a ejemplo de los hombres
que han pasado año tras año
bajo el ala protectora,
confidente, de sus ramas,
horas dulce de entusiasmo
horas plenas de ternura
horas de ensueño y de calma—
Al ejemplo de las almas
que han unido sus anhelos en un beso
de sus sombras bajo el pálio;
guareciendo su ternura tras su tronco
y ocultando su rubor entre sus ramas,
al ejemplo de las almas,
en la noche polvoreada con el polvo de la luna
toda blanca,
casi humanos, se traicionan,
y por eso,
adivina nuestro espíritu el misterio
y se rinde ante su encanto.
Hay divinas armonías en las sombras,
hay nupciales cantos tiernos en las auras,
es el alma de los árboles
que ama!

M. DANTAS LACOMBE